



Revista de Estudios Sociales

05 | 2000
Fin de Siglo

Documento

Tomás Moro, Federico Nietzsche, Walter Benjamín y Hannah Arendt



Edición electrónica

URL: <http://journals.openedition.org/revestudsoc/30335>
ISSN: 1900-5180

Editor

Universidad de los Andes

Edición impresa

Fecha de publicación: 1 enero 2000
Paginación: 141-146
ISSN: 0123-885X

Referencia electrónica

Tomás Moro, Federico Nietzsche, Walter Benjamín y Hannah Arendt, « Documento », *Revista de Estudios Sociales* [En línea], 05 | 2000, Publicado el 26 febrero 2019, consultado el 06 mayo 2019.
URL : <http://journals.openedition.org/revestudsoc/30335>



Los contenidos de la *Revista de Estudios Sociales* están editados bajo la licencia Creative Commons Attribution 4.0 International.

"...el trabajo del campo precisa de muchos brazos..."

Tomás Moro

"Mas yo quería decir no que te prestes al servicio de los reyes, sino que les prestes tus servicios".

"Y es que está dispuesto por naturaleza que a cada cual le cautiven sus propios hallazgos".

"A este respecto, tanto vosotros como buena parte del mundo parecéis imitar a los malos preceptores que están más dispuestos a azotar a sus discípulos que a enseñarles. Se promulgan así severos y terribles castigos contra el ladrón, cuando más bien se debiera proveer con ahínco a crear alguna fuente de subsistencia para que nadie se viera en la cruel necesidad de robar primero y de padecer en consecuencia después".

"Los colonos son arrojados fuera, (...). Algunos son despojados de sus posesiones por medio de engaños o por la fuerza, o se ven compelidos, cansados ya de soportar ultrajes, a venderlas. Al fin, cualquiera que sea la razón, emigran infelices, varones, mujeres, maridos, esposas, huérfanos, viudas, padres con hijos pequeños, familias más numerosas que ricas -el trabajo del campo precisa de muchos brazos-, emigran, digo, de los lugares acostumbrados sin encontrar a dónde acogerse. (...), ¿qué otra cosa les queda sino robar y que les cuelguen -justamente, por supuesto-; o vagar y mendigar, aunque en este caso también se les arroja a la cárcel, pues deambulan ociosos al no aceptar nadie sus servicios

"Efectivamente, si vais a castigar en definitiva a los que, de mayores cometen las infamias que ya desde la niñez se veía que iban a cometer, consintiendo no obstante que se les eduque pésimamente y que se corrompan paso a paso en sus costumbres a partir de los más tiernos años,- ¿qué otra cosa hacéis, pregunto, sino hacer ladrones, a los que luego vosotros mismos ejecutáis?"

"Es fácil ver lo mucho que hay de humanidad y de provecho, cuando la ira se orienta a extirpar los vicios, respetando a los hombre, a los que se trata de modo que tienen que ser buenos por necesidad, y cuando después del delito no tienen que reparar más que el daño que ocasionaron".

"... y que por eso es más incumbencia del príncipe que le vaya bien al pueblo que el que le vaya bien a sí mismo, no de otra manera a como es tarea del pastor en cuanto es pastor el apacentar a sus ovejas antes que a sí mismo. Pues la realidad misma enseña que se engañan de medio a medio quienes opinan que la indigencia del pueblo es la garantía de la paz. En efecto, ¿dónde hallas más peticiones que entre los mendigos? ¿Quién se aplica con más ahínco a transformar las cosas sino a quien la situación presente no agrada lo más mínimo? O, ¿quién, finalmente, está poseído de una furia más audaz para subvertir todo con la esperanza de lograr algo de donde sea, sino quien ya no posee nada que pueda perder?"

"Y, de cierto, estar uno nadando en el placer y en los deleites mientras por todas partes los demás gimen y se lamentan, esto no es ser guardián de un reino sino de una cárcel. En fin, así como es un médico del todo incompetente el que no sabe curar una enfermedad si no es con otra enfermedad, de igual manera quien no ha aprendido a corregir la vida de los ciudadanos por otro camino que privándoles de las comodidades de la vida, éste ha de reconocer que no sabe regir a hombres libres; que enmiende mejor su propia incompetencia o su petulancia, (...)"

"Efectivamente, lo que vuelve ávido y rapaz es, en el reino todo de los vivientes, el temor de verse privado, o, en el hombre, la soberbia que tiene a gloria el sobrepujar a los demás en la ostentación de lo superfluo, (...)"

"Lo que primero censuran en estos pueblos es que no les son suficientes infinitos volúmenes de leyes y de intérpretes. Ellos, en cambio, consideran la cosa más inicua que haya hombres obligados por leyes que o son

tan numerosas que no pueden leerlas o tan oscuras que nadie puede entenderlas. Además rechazan absolutamente a todos los causídicos cuya tarea es llevar doctamente las causas y discutir sutilmente de leyes, pues consideran necesario que cada uno lleve su causa y refiera al juez lo mismo que contaría a su defensor. Habrá así menos ambages y saldrá la verdad más fácilmente; mientras habla aquél a quien ningún defensor ha enseñado artimañas, el juez pesa competentemente cada punto y asiste a los espíritus más simples contra las calumnias de los mañeros. Esto es difícil de guardar en otros pueblos ante un cúmulo tan grande de leyes embrolladísimas. Por otro lado, todos son entre ellos peritos en la ley, pues son poquísimas (como he dicho) y además tiene por la interpretación más equitativa la que es más crasa. En efecto, puesto que todas las leyes, dicen, son promulgadas con el único fin de que uno advierta su obligación, la interpretación más sutil advierte a los menos (pues son pocos los que se hacen cargo de ellas), mientras que el sentido más simple y más obvio de las leyes es evidente a dos. De otra suerte, por lo que respecta al vulgo, cuyo número es el mayor y el que más necesita de advertencia, ¿qué diferencia hay entre que nos des en absoluto una ley o que interpretes la dada en sentido tal que nadie puede deducirlo sin un gran ingenio y una larga disquisición, para dilucidar el cual no puede ni llegar craso el juicio del vulgo ni alcanzar su vida para ello, ocupada en procurarse el sustento?"

"Mas en aquel orbe nuevo de la tierra, al que el círculo ecuador separa de este nuestro apenas tanto cuanto difieren la vida y las costumbres, no hay confianza ninguna de los pactos, que cuanto más y más santas ceremonias les inundan tanto más rápidamente se disuelven, encontrando fácilmente algún defecto en las palabras, a las que de industria se redacta a veces tan sagazmente que no se las pueda fijar con vínculos firmes de modo que nada se escape y no eludan a la vez el pacto y la promesa".

(1516)

"...Habrá así menos ambages y saldrá la verdad más fácilmente..."

Federico Nietzsche

Una época de transición: eso es nuestra época para cada uno de nosotros y cada uno de nosotros tiene razón. Pero no en el sentido de que tal denominación convenga más a esta época que a otra cualquiera. En cualquier momento de la historia en que nos fijemos encontramos una fermentación semejante, los conceptos antiguos en pugna con los nuevos y los hombres de fino olfato, a quienes entonces se llamaba profetas, pero que no tenían otro don que el de sentir y ver lo que a ellos les sucedía, lo sabían y temían que "todo estaba en ruinas y que el mundo iba a perecer". Pero el mundo no pereció; las altas ramas de los árboles se quebraron, pero otras nacieron en su lugar; en cada tiempo hay un mundo que muere y un mundo que nace.

(1873)

"¡Alto! ¡Enano!, dije. ¡Yo! ¡O tú! Pero yo soy el más fuerte de los dos: ¡tú no conoces mi pensamiento abismal! ¡Ese no podrías soportarlo!"

Entonces ocurrió algo que me dejó más ligero: ¡pues el enano saltó de mi hombro, el curioso! Y se puso en cuclillas sobre una piedra delante de mí. Cabalmente allí donde nos habíamos detenido había un portón.

"¡Mira ese portón! ¡Enano!", seguí diciendo, tiene dos caras. Dos caminos convergen aquí: nadie los ha recorrido aún hasta el final.

Esa larga calle hacia atrás: dura una eternidad. Y esa larga calle hacia adelante es otra eternidad.

Se contraponen esos caminos: chocan derechamente de cabeza, y aquí, en este portón, es donde convergen. El nombre del portón está escrito arriba: "Instante".

Pero si alguien recorriese uno de ellos -cada vez y cada vez más lejos-, "¿crees tú, enano, que esos caminos se contradicen eternamente?"

"Todas las cosas derechas mienten" murmuró con desprecio el enano. "Toda verdad es curva, el tiempo mismo es un círculo."

"Tú, espíritu de la pesadez, dije encolerizándome, ¡no tomes las cosas tan a la ligera! O te dejo en cuclillas ahí donde te encuentras, ¡cojitranco! ¡Y yo te he subido hasta aquí!"

¡Mira, continué diciendo, este instante! Desde este portón llamado "Instante" corre hacia atrás una calle larga, eterna: a nuestras espaldas yace una eternidad.

Cada una de las cosas que pueden correr, ¿no tendrá que haber recorrido ya alguna vez esa calle? Cada una de

las cosas que puede ocurrir, ¿no tendrá que haber ocurrido, haber sido hecha, haber transcurrido ya alguna vez?

Y si todo ha existido ya, ¿qué piensas tú, enano, de este instante? ¡No tendrá también este portón que haber existido ya?

¿Y no están todas las cosas anudadas con fuerza, de modo que este instante arrastra tras de sí todas las cosas venideras? ¿Por tanto, incluso a sí mismo?

Pues cada una de las cosas que pueden correr: ¡también por esa larga calle hacia adelante tiene que volver a correr una vez más!

Y esa araña que se arrastra lentamente a la luz de la luna y esa misma luz de luna, y yo y tú, cuchicheando ambos junto a este portón, cuchicheando de cosas eternas, ¿no tenemos todos nosotros, que haber existido ya? Y venir de nuevo y correr por aquella otra calle, hacia adelante, delante de nosotros, por esa larga, horrenda calle, ¿no tenemos que retornar eternamente?"

Así dije, con voz cada vez más queda; pues tenía miedo de mis propios pensamientos y del trasfondo de ellos. Entonces, de repente, oí aullar a un perro cerca.

¿Había oído yo alguna vez aullar así a un perro? Mi pensamiento corrió hada atrás. ¡Sí! Cuando era niño, en mi remota infancia.

Entonces oí aullar así a un perro. Y también lo vi, con el pelo erizado, la cabeza levantada, temblando en la más silenciosa medianoche, cuando incluso los perros creen en fantasmas.

De tal modo que me dio lástima. Pues justo en aquel momento, la luna llena, con un silencio de muerte, apareció por encima de la casa, justo en aquel momento se había detenido un disco incandescente, detenido sobre el techo plano, como sobre propiedad ajena.

Esto exasperó entonces al perro, pues los perros creen en ladrones y fantasmas. Y cuando de nuevo volví a oírle aullar, de nuevo volvió a darme lástima.

¿A dónde se había ido ahora el enano? ¿Y el portón? ¿Y la araña? ¿Y todo el cuchicheo? ¿Había yo soñado, pues? ¿Me había despertado? De repente me encontré entre peñascos salvajes, solo, abandonado, en el más desierto claro de luna.

¡Pero allí yacía por tierra un hombre! ¡Y allí! El perro saltando, con el pelo erizado, gimiendo -ahora él me venía venir- y entonces aulló de nuevo, gritó: ¿había oído yo alguna vez a un perro gritar así pidiendo socorro? Y, en verdad, lo que vi no lo había visto nunca. Vi a un joven pastor retorciéndose, ahogándose, convulso, con el rostro descompuesto, de cuya boca colgaba una pesada serpiente negra.

¿Había yo visto alguna vez tanto asco y tanto lívido horror en un sólo rostro? Sin duda se había dormido. Y entonces la serpiente se deslizó en su garganta y se aferraba a ella mordiendo.

Mi mano tiró de la serpiente, tiró y tiró: ¡en vano! Gritó: "¡Muerde! ¡Muerde! ¡Arráncale la cabeza! ¡Muerde!". Este fue el grito que de mí se escapó, mi horror, mi odio, mi asco, mi náusea, mi lástima, todas mis cosas buenas y malas gritaban en mí con un sólo grito. ¡Vosotros, hombres audaces que me rodeáis! ¡Vosotros, buscadores, indagadores y quienquiera de vosotros que se haya lanzado con velas astutas a mares inexplorados! ¡Vosotros que gozáis con enigmas!

¡Resolvedme, pues, el enigma que yo contemplé entonces, interpretadme la visión del más solitario! Pues fue una visión y una previsión: ¿qué vi yo entonces en símbolo? ¿Y quién es el que algún día tiene que venir aún?

¿Quién es el pastor al que la serpiente se le introdujo en la garganta? ¿Quién es el hombre al que todas las cosas más pesadas, más negras, se le introducirán así en la garganta?

Pero el pastor mordió, tal como se lo aconsejó mi grito. ¡Dio un buen mordisco! Lejos de sí escupió la cabeza de la serpiente y se puso en pie de un salto. Ya no pastor, ya no hombre, ¡un transfigurado, iluminado, que reía! ¡Nunca antes en la tierra había reído hombre alguno como él rió!

Oh, hermanos míos, oí una risa que no era risa de hombre y ahora me devora una sed, un anhelo que nunca se aplana.

(1884)

“... ¡nunca antes en la tierra había reído hombre alguno como el rió!...”

Hay un cuadro de Klee que se llama Angelus Novus. En él se representa a un ángel que parece como si estuviese a punto de alejarse de algo que le tiene pasmado. Sus ojos están desmesuradamente abiertos, la boca abierta y extendidas las alas. Y este deberá ser el aspecto del ángel de la historia. Ha vuelto el rostro hacia el pasado. Donde a nosotros se nos manifiesta una cadena de datos, él ve una catástrofe única que amontona incansablemente ruina sobre ruina, arrojándolas a sus pies. Bien quisiera él detenerse, despertar a los muertos y recomponer lo despedazado. Pero desde el paraíso sopla un huracán que se ha enredado en sus alas y que es tan fuerte que el ángel ya no puede cerrarlas. Este huracán le empuja irresistiblemente hacia el futuro, al cual da la espalda, mientras que los montones de ruinas crecen ante él hasta el cielo. Ese huracán es lo que nosotros llamamos progreso.

(1940)

El progreso, tal y como se perfilaba en las cabezas de la socialdemocracia, fue un progreso en primer lugar de la humanidad misma (no sólo de sus destrezas y conocimientos). En segundo lugar era un progreso inconcluible (en correspondencia con la infinita perfectibilidad humana). Pasaba por ser, en tercer lugar, esencialmente incesante (recorriendo por su propia virtud una órbita recta o en forma espiral). Todos estos predicados son controvertibles y en cada uno de ellos podría iniciarse la crítica. Pero si ésta quiere ser rigurosa, deberá buscar por detrás de todos esos predicados y dirigirse a algo que les es común. La representación de un progreso del género humano en la historia es inseparable de la representación de la prosecución de ésta a lo largo de un tiempo homogéneo y vació. La crítica a la representación de dicha prosecución deberá constituir la base de la crítica a tal representación del progreso.

(1940)

La cosa está clara: la cotización de la experiencia ha bajado y precisamente en una generación que de 1914 a 1918 ha tenido una de las experiencias más atroces de la historia universal. Lo cual no es quizás tan raro como parece. Entonces se pudo constatar que las gentes volvían mudas del campo de batalla. No enriquecidas, sino más pobres en cuanto a experiencia comunicable. Y lo que

diez años después se derramó en la avalancha de libros sobre la guerra era todo menos experiencia que mana de boca a oído. No, raro no era. Porque jamás ha habido experiencias tan desmentidas como las estratégicas por la guerra de trincheras, las económicas por la inflación, las corporales por el hambre, las morales por el tirano. Una generación que había ido a la escuela en tranvía tirado por caballos, se encontró indefensa en un paisaje en el que todo menos las nubes había cambiado, y en cuyo centro, en un campo de fuerzas de explosiones y corrientes destructoras, estaba el mínimo, quebradizo cuerpo humano.

Una pobreza del todo nueva ha caído sobre el hombre al tiempo que ese enorme desarrollo de la técnica. Y el reverso de esa pobreza es la sofocante riqueza de ideas que se dio entre la gente -o más bien que se les vino encima- al reanimarse la astrología y la sabiduría yoga, la Christian Science y la quiromancia, el vegetarianismo y la gnosis, la escolástica y el espiritismo. Porque además no es un reanimarse auténtico, sino una galvanización lo que tuvo lugar. Se impone pensar en los magníficos cuadros de Ensor en los que los duendes llenan las calles de las grandes ciudades: horteras disfrazados de carnaval, máscaras desfiguradas, empolvadas de harina, con coronas de oropel sobre las frentes, deambulan imprevisibles a lo largo de las callejuelas. Quizás esos cuadros sean sobre todo una copia del renacimiento caótico y horripilante en el que tantos ponen sus esperanzas. Pero desde luego está clarísimo: la pobreza de nuestra experiencia no es sino una parte de la gran pobreza que ha cobrado rostro de nuevo -y tan exacto y perfilado como el de los mendigos en la Edad Media. ¿Para qué valen los bienes de la educación si no nos une a ellos la experiencia? Y adonde conduce simularla o solaparla es algo que la espantosa malla híbrida de estilos y cosmovisiones en el siglo pasado nos ha mostrado con tanta claridad que debemos tener por honroso confesar nuestra pobreza. Sí, confesémoslo: la pobreza de nuestra experiencia no es sólo pobre en experiencias privadas, sino en las de la humanidad en general. Se trata de una especie de nueva barbarie.

¿Barbarie? Así es de hecho. Lo decimos para introducir un concepto nuevo, positivo de barbarie. ¿Adonde le lleva al bárbaro la pobreza de experiencia? Le lleva a comenzar desde el principio; a empezar de nuevo; a pasárselas con podo; a construir desde poquísimo y sin mirar ni a diestra ni a siniestra. Entre los grandes creadores siempre ha habido implacables que lo primero que han hecho es tabula rasa. Porque querían tener mesa para dibujar, porque fueron constructores. Un

constructor fue Descartes que por de pronto no quiso tener para toda su filosofía nada más que una única certeza: "Pienso, luego existo". Y de ella partió. También Einstein ha sido un constructor al que de repente de todo el ancho mundo de la física sólo le interesó una mínima discrepancia entre las ecuaciones de Newton y las experiencias de la astronomía. Y este mismo empezar desde el principio lo han tenido presente los artistas al atenerse a las matemáticas y construir, como los cubistas, el mundo con formas estereométricas. Paul Klee, por ejemplo, se ha apoyado en los ingenieros. Sus figuras se diría que han sido proyectadas en el tablero y que obedecen, como un buen auto obedece hasta en la carrocería sobre todo a las necesidades del motor, sobre todo a lo interno en la expresión de sus gestos. A lo interno más que a la interioridad: que es lo que las hace bárbaras.

Hace largo tiempo que las mejores cabezas han empezado aquí y allá a hacer versos a estas cosas. Total falta de ilusión sobre la época y sin embargo una confesión sin reticencias en su favor: es característico.

(1933)

"...Paúl Klee, por ejemplo, se ha apoyado en los ingenieros..."

Entre el pasado y el futuro

Hannah Arendt

Sea como sea, al decir que ningún testamento nos legó nuestra herencia, el poeta alude al anonimato del tesoro perdido. El testamento, cuando dice al heredero lo que le pertenecerá por derecho, entrega las posesiones del pasado a un futuro. Sin testamento o, para sortear la metáfora, sin tradición - que selecciona y denomina, que trasmite y preserva, que indica dónde están los tesoros y cuál es su valor-, parece que no existe una continuidad voluntaria en el tiempo y, por tanto, hablando en términos humanos, ni pasado ni futuro: sólo el cambio eterno del mundo y del ciclo biológico de las criaturas que en él viven. Es decir que el tesoro no se perdió por circunstancias históricas ni por los infortunios de la realidad, sino porque ninguna tradición había previsto su aparición ni su realidad, porque ningún testamento lo había legado al futuro. De todos modos, la pérdida, quizá inevitable en términos de realidad política, se consumó por el olvido, por un fallo de la memoria no sólo de los herederos sino también, por decirlo así, de los actores, de los testigos, de quienes por un instante fugaz sostuvieron el tesoro en la palma de sus manos, en pocas palabras, de los propios seres humanos; porque el recuerdo, que -si bien una de las más importantes- no es más que una forma de pensamiento, está desvalido fuera de una estructura de referencia preestablecida, y la mente humana sólo en muy raras ocasiones es capaz de retener algo que se presenta completamente inconexo. Así los primeros que no lograron recordar cómo era ese tesoro fueron precisamente los que, aun poseyéndolo, lo consideraron tan raro que ni siquiera supieron cómo llamarlo. En su momento, ésto no les preocupó: aunque ignoraban su tesoro, conocían bastante bien el significado de lo que hacían y sabían que eso estaba más allá de la victoria y de la derrota: "La acción que tiene un significado para el hombre vivo sólo es válida para el muerto; su cumplimiento, sólo para las mentes que la han heredado y la cuestionan, para reflexionar sobre ella y recordar. Lo fundamental es que se les escapa el 'cumplimiento', que sin duda todo hecho acontecido debe tener en la mente de quienes han de contarlo a la historia para trasladar su significación; y sin esta conciencia del cumplimiento después de la acción, sin la articulación operada por el recuerdo, sencillamente ya no había relato que se pudiera transmitir."

La única descripción exacta de este predicamento se encontraría en esas parábolas de Franz Kafka que, únicas

en este sentido dentro de la literatura, son verdaderas, arrojadas a lo largo del incidente y en torno a él como rayos de luz que, no obstante, no iluminan su apariencia externa, aun cuando poseen el poder de los rayos X para dejar al desnudo su estructura interna que, en nuestro caso, consiste en los procesos ocultos de la mente. La parábola de Kafka dice así¹:

[Él] Tiene dos enemigos: el primero la amenaza por detrás, desde los orígenes. El segundo le cierra el camino hacia adelante. Lucha con ambos. En realidad, el primero le apoya en su lucha contra el segundo, quiere impulsarlo hacia adelante, y de la misma manera el segundo le apoya en su lucha contra el primero, le empuja hacia atrás. Pero esto es solamente teórico. Porque aparte de los adversarios, también existe él, ¿y quién conoce sus intenciones? Siempre sueña que en un momento de descuido -para ellos hace falta una noche inimaginablemente oscura- pueda escabullirse del frente de batalla y ser elevado, por su experiencia de lucha, por encima de los combatientes, como arbitro.

El descubrimiento de que la mente humana, por razones misteriosas, había dejado de funcionar adecuadamente configura, por decirlo así, el primer acto de los hechos que nos interesan. Lo menciono aquí, aunque sólo sea con brevedad, porque sin este elemento no advertiríamos la ironía peculiar de lo que siguió. Rene Char, que escribía durante los últimos meses de la Resistencia, cuando la liberación -que en nuestro contexto significa liberación de la acción- adquirió gran importancia, concluyó sus reflexiones dirigiendo a los posibles supervivientes una llamada al pensamiento, no menos urgente ni menos apasionada que la convocatoria a la acción de quienes lo precedieron. Si hubiera que escribir la historia intelectual de nuestro siglo, no bajo la forma de generaciones sucesivas, en que el historiador debe mantenerse literalmente adherido a la secuencia de teorías y actitudes, sino bajo la forma de la biografía de una única persona, y con el objetivo de no ir más allá de una aproximación metafórica a lo que de verdad ocurrió

¹ Max Planck, *The Universe in the Light of Modern Physics*, 1929. Cita tomada de *Great Ideas Today*, 1962, pag. 494.

en las mentes de los hombres, de la mentalidad de esa persona se revelaría que se vio obligada a completar el círculo en su totalidad no una sino dos veces: la primera, cuando se apartó del pensamiento hacia la acción, y la segunda, cuando la acción -o más bien el hecho de haber actuado- lo obligó a volver al pensamiento. Por lo cual sería de cierta importancia advertir que la llamada al pensamiento surgió en ese extraño período intermedio que a veces se inserta en el curso histórico, cuando no sólo los últimos historiadores sino los actores y testigos, las propias personas vivas, se dan cuenta de que hay en el tiempo un interregno enteramente determinado por cosas que ya no existen y por cosas que aún no existen. En la historia, esos interregnos han dejado ver más de una vez que pueden contener el momento de la verdad.

Para que no haya malas interpretaciones: las imágenes que uso aquí para indicar metafóricamente las condiciones del pensamiento contemporáneas sólo pueden ser válidas dentro del campo de los fenómenos mentales. Aplicadas al tiempo histórico o al biográfico, quizá ninguna de estas metáforas tenga sentido, porque las brechas temporales no se producen en ellos. Sólo en la medida en que piensa y en que es intemporal -un "él" al que con razón Kafka llama así y no "alguien"-, el hombre, dentro de la realidad total de su ser concreto, vive en esa brecha del tiempo situada entre el pasado y el futuro. Sospecho que la brecha no es un fenómeno moderno, que quizá ni siquiera es un dato histórico, sino algo coetáneo de la existencia del hombre sobre la tierra. Bien puede ser la región del espíritu o, más bien, el camino pavimentado por el pensamiento, esa pequeña senda sin tiempo que la actividad del pensamiento recorre dentro del espacio temporal de los mortales y donde las secuencias de pensamiento, de recuerdo y de premonición salvan todo lo que tocan de la ruina del tiempo histórico y biográfico. Este pequeño espacio intemporal dentro del corazón mismo del tiempo, a diferencia del mundo y de la cultura en que hemos nacido, sólo puede indicarse, pero no heredarse y transmitirse desde el pasado; cada nueva generación, cada nuevo ser humano, sin duda, en la medida en que se inserte entre el pasado infinito y un futuro infinito, debe descubrirlo de nuevo y pavimentarlo con laboriosidad.